

Carta a Jesús Silva Herzog*

Juan Larrea

New York 1 de julio de 1950

Señor Jesús Silva Herzog
Director de Cuadernos Americanos
México

Estimado amigo:

Me he retrasado bastante en corresponder a su última carta entre otras razones por haber estado resistiéndome a hablarle con la entera franqueza que me pedía acerca de la marcha de Cuadernos Americanos. Es mucho lo que esto implica. Pero de nada me ha valido resistirme. He terminado por ver que debía aprovechar la oportunidad que me brindaba usted para circunstanciar cosas que no carecen de importancia, sobre todo en estos momentos de grave crisis internacional. Voy a hacerlo, pues, con sinceridad y con la buena disposición de siempre.

A la pregunta de cómo va Cuadernos, he de empezar por manifestarle que ignoro exactamente cómo va. Lo ignoro por razón de que, en cuanto tuve que rendirme a la evidencia de la enemistad –no impresentida anteriormente– que hacia mí la revista profesaba, asumí la única actitud que cualquier persona que se respeta podía a mi juicio, adoptar en caso semejante: no leer de Cuadernos sino aquel artículo que por motivos particulares me interesara.

** Se han conmemorado los sesenta años de publicación ininterrumpida de Cuadernos Americanos, transfiguración de la revista España Peregrina fundada el año 1940 en México por la exiliada Junta de Cultura Española presidida tripartitamente por Bergamín, Carner y Larrea, éste Presidente Ejecutivo.*

La carta que se transcribe a continuación es una ampliación detallada, duramente sincera, de esta transfiguración, a la que Larrea se refirió, pero no con tan íntima y valiente prolijidad, en el epílogo a la edición facsimilar de España Peregrina (Alejandro Finisterre editor, México, 1977). Fue escrita por Larrea a Silva Herzog en julio de 1950 desde Nueva York cuando el autor de La Espada de la Paloma había dejado su puesto de secretario-factotum de la revista Cuadernos Americanos, por él gestada («no faltan razones para considerarme a mí la “madre”, escribe Larrea, y también supongo que no tendrá usted reparo en reconocerme inter nos dicha “maternidad”»). Alejandro Finisterre.

Claro que este solo hecho basta para darme cuenta de que el espíritu que hoy anima a Cuadernos no es el mismo ni está a la altura del que inspiró su creación. Que Cardoza diga malévolamente que «alguna vez habría que recoger los estudios del Guernica» no está bien. Pero que Cuadernos que al atribuirse el derecho aceptó la obligación de informar honestamente a sus lectores acerca de las cosas culturales, imprima sin una nota aclaratoria esas palabras revela que en algunas direcciones la revista no avanza por rectos caminos. La malevolencia de Cardoza, que ha visto el Guernica en mi presencia y me ha hablado de él en más de una ocasión, obedece quizá a que no contesté a una de sus cartas por no saber realmente qué decirle de un libro suyo que, por mucho que me propuse, no me fue posible leer. La causa de la actitud del director de Cuadernos Americanos me resulta menos comprensible.

Lo que sí sé es que obrando de esta forma no se ha honrado a la revista cuyos dardos debían dispararse únicamente contra las posiciones enemigas de la verdad, de la justicia y de la belleza. Por nimio que el incidente sea, agrava su contenido, en mi sentir, el hecho de que, como ya se lo escribí en otra ocasión, no faltan razones para considerarme a mí la «madre» de Cuadernos, y realmente no honra a ningún hijo desconocer o menospreciar haciendo gala de chismosas pasiones, a la autora de sus días.

Supongo que no tendrá usted reparo en reconocerme inter nos dicha «maternidad». Mas por si existiera en usted alguna duda, no sea también que con el tiempo se le haya esfumado algún detalle de interés, voy a imponerme la tarea de hacer memoria y exponer las etapas de la creación de Cuadernos, con el ruego de que si se me hubiera trascordado algún incidente significativo o hubiera incurrido en alguna inexactitud, que de antemano deploro, tenga usted la bondad de excusarme, ilustrarme y corregirme.

Pero antes quiero dejar constancia de que emprendo este trabajo no por interés particular sino porque la existencia de Cuadernos justifica algo que, en función del futuro, considero importante para la emigración española a quien conviene que ciertas cosas no se desnaturalicen. Si intervine en su nacimiento y desarrollo con la vehemencia que desplegué y sin mirar en sacrificios, no fue, lo sabe usted bien, por razones de índole personal. Me sentía investido por la responsabilidad que, a través de la Junta de Cultura emigrada, me incumbía de salvar en la medida de mis posibilidades el espíritu del sacrificado pueblo republicano español. Estimo que sería traicionar el espíritu de esa emigración si ahora que contra mis deseos tuve que dejar la secretaría de Cuadernos, cooperara con mi silencio a privarla, como parece ser cada vez más clara la inclinación, de uno de los títulos que pueden compensar otras carencias.

No me lleve a mal que, con este propósito, me retrotraiga en mis recuerdos hasta el mes de marzo de 1939, dos años antes de conocerle a usted. El día 13 de ese mes, cuando Barcelona había caído pero Madrid permanecía firme, se constituyó en París, a mi iniciativa, la Junta de Cultura Española, con la mira de encauzar la emigración de los intelectuales hacia América, sostener su espíritu y dotarles de medios para ganar aquí espiritualmente las batallas que en el territorio nacional se habían perdido materialmente. Salió ya entonces a relucir a grandes rasgos el sistema poético de ideas que muchas veces me ha oído usted exponer después acerca de América y de España. También por iniciativa mía la Junta de Cultura entró desde el primer día en comunicación con la Legación de México que consideró su existencia digna de interés y protección. Como consecuencia, y llevando adelante nuestros planes, la mayor parte de la Junta que ya había comenzado a publicar un modestísimo boletín, partió a primeros de mayo para México, después de adquirir el compromiso de publicar aquí dos revistas a ser posible, una para el gran público y otra para los medios superiores que enfocara los problemas culturales hondamente. Yo me quedé en París como correspondía a mi cargo de secretario, para seguir apretando las tuercas duras. Pero declarada la guerra y concluida la emigración, sonó también para mí la hora del embarque.

Al llegar a México a fines de noviembre del 39, me encontré con que la Junta no había dado ningún paso para cumplir su compromiso tocante a las revistas y con que me había nombrado Presidente (lo éramos tres). Me eché encima enseguida la tarea de subsanar aquella ineficiencia publicitaria. Así apareció al poco aquel órgano de la Junta de Cultura Española que se llamó España Peregrina, muy modesto en la forma pero muy ambicioso allá en el fondo. Si abrigaba la esperanza confesada de llegar a ser algún día la revista más importante de habla española es porque tenía conciencia de lo trascendental de los valores que la patrocinaban y de su condición de simiente.

No tardaron demasiado en complicarse las cosas. Tanto la Junta como su órgano de expresión, fueron víctimas de la descomposición emigratoria, agredidos desde dentro. España Peregrina se vio obligada a interrumpir al noveno número su publicación aunque con el ánimo de reanudarla enseguida. La Junta de Cultura, privada de recursos, tuvo que traspasar sus locales de la calle de Dinamarca al Instituto Luis Vives y aceptar una habitación en otro edificio de este mismo Instituto en la calle de Gómez Farías. Me tocó personalmente sufrir las inclemencias del naufragio, identificándome con los ideales que a la Junta animaban, fuera lo catastrófico que fuera su inmediato destino. Para darse cuenta de que no estoy hablando de cosas ajenas a Cuadernos Americanos, le basta a usted mirar en torno suyo.